

El retorno del pretorianismo venezolano

Frédérique Langue

SI SE HICIERA UN INVENTARIO DE LOS TÉRMINOS, DE LOS conceptos que regresan constantemente en el análisis de la actualidad latinoamericana de hoy, nacionalismo y, más aún, populismo, ocuparían un lugar preferente. Cronológicamente hablando, podemos considerar que la cuestión de las redefiniciones empezó a plantearse con la llegada al poder de Hugo Chávez en Venezuela (elecciones de diciembre de 1998). Y con la aparición de lo que se ha llamado a porfía las «nuevas izquierdas latinoamericanas», que en lo sucesivo se ha acordado dividir en «izquierdas de rechazo» o «nuevo populismo autoritario» (D. Boersner) e «izquierdas de Gobierno», o «nueva izquierda democrática», según el mismo especialista en relaciones internacionales¹; en otras palabras, entre regímenes con tendencia autoritaria y gobiernos democráticos (socialdemócratas, como el Brasil de Lula, el Chile de Michelle Bachelet, el Uruguay de Tabaré Vázquez...)².

Porque el populismo, en su variante siglo XXI, inquieta en este año de elecciones generalizadas. Más que por su discurso, profundamente renovado desde su encarnación peronista y, sobre todo, mediatizado, el fenómeno preocupa por las redes dentro de las cuales estos regímenes se insertan en un mundo «multipolar», sin contar el poder económico, de hecho, del que disponen y que les confiere un papel de primer plano. Es en este sentido en el que se ha hablado de «petropopulismo» para caracterizar al régimen de Venezuela. El informe Stratfor sobre análisis político y estratégico, insiste muy específicamente en el ascenso de «gobiernos populistas orientados hacia la izquierda (se estaba entonces en vísperas de las elecciones peruanas y de la confrontación entre el ex presidente Alan García y

el candidato 'etno-nacionalista' Ollanta Humala) y en la inmovilidad que representaría la victoria de Álvaro Uribe en Colombia, consideraciones que restarían valor a los resultados de las elecciones presidenciales en Ecuador y Venezuela. Y como telón de fondo, el apoyo de la Venezuela de Hugo Chávez a las campañas electorales de sus aliados, el proyecto expansionista de la 'Revolución bolivariana' en el continente latinoamericano y la propaganda en todas direcciones dirigida por el presidente venezolano a favor del 'socialismo del siglo XXI'³.

Paradójicamente, este inicio del siglo XXI es, al mismo tiempo, una época excepcional de afirmación de las «situaciones democráticas» en la historia republicana de América Latina, y el de un «déficit democrático» y de fragilidad de la gobernanza democrática. La interpretación de la «seducción populista en América Latina» o incluso de la «razón populista» requiere por tanto ser matizada⁴. El populismo en sus nuevas declinaciones se funda, en efecto, en un tipo particular de *leadership* político, que ya no se contenta en controlar la intervención política de la mayoría, erigiéndose en aglutinador en un contexto de crisis económica y, por tanto, de crisis de confianza con respecto a las instituciones de la democracia y los partidos políticos. Exacerba un discurso crítico en contra de las elites gobernantes empleando lo que podemos considerar como técnicas avanzadas de ingeniería política y, aun más, la mediatización de ese mismo discurso que compromete cualquier intermediación entre un líder y las masas (desheredadas)/el «pueblo». La figura del líder carismático está fortalecida por la mediatización del debate —ver, en lo que respecta a Hugo Chávez, las emisiones dominicales Aló Presidente, los discursos río que siguen el modelo de Fidel Castro, la manipulación mediática de la información dentro y fuera de las fronteras nacionales, sobre todo, por medio del canal anti-CNN, Telesur—. Un hecho más inédito: este populismo de nuevo cuño constituye una apuesta ideológica decisiva para los imaginarios europeos faltos de referentes tras la caída del muro de Berlín. El papel decisivo destinado a la comunicación ha incitado, por otra parte, a Pierre-André Taguieff, especialista en la materia dentro del ámbito europeo/francés, a hablar de un «telepopulismo». Más aún, el líder carismático de hoy día —neopopulista— es un estratega, si consideramos el ejemplo edificante de Hugo Chávez, y que no proviene necesariamente del serrallo político⁵.

LA RELACIÓN CAUDILLO-PUEBLO

Descalificador por naturaleza, el epíteto populista reviste, en realidad, diferentes conceptos recurrentes pero indisociables de los contextos estudiados. Su definición es, pues, profundamente discriminadora, siendo la más evidente la de la abolición de las barreras entre las elites que detentan el poder y «los de abajo», en un antagonismo entre el pueblo como categoría *política* —siendo las clases una categoría *social*— y un poder fundamentado en la relación caudillo-pueblo, con un ingrediente, en el caso del chavismo, que fortalece aún más el aparato de Estado: el ejército. No es otro el sentido que se debe dar a la influencia de uno de los inspiradores de Chávez, N. Ceresole, autor de la obra

Caudillo, ejército, pueblo. Su otro «resorte», que lo diferencia de otras opciones ideológicas, especialmente de las utopías revolucionarias, es su carácter profundamente antipolítico: sus líderes tienen como consigna la renuncia a un *ancien régime* dominado por un sistema de partidos ineficiente y corrompido. Situándose, en primera instancia, en el terreno de la democracia, atacan a sus protagonistas, los partidos. Es la «política de la antipolítica», paradoja de numerosas democracias dentro de un contexto de cuestionamiento del sistema de partidos, tanto por los teóricos de izquierda que invocan una crisis de legitimidad, como por un conservadurismo de derecha que decreta la ingobernabilidad. De ahí el riesgo de retorno de «*leaderships* verticales y mesiánicos», incluso de formas de «autoritarismos plebiscitarios»⁶. El líder populista no da «tiempo al tiempo». Su calendario es el de la inmediatez, incluso el del resentimiento, si tenemos en consideración las diferentes fases de la Revolución bolivariana: primero, pacífica y democrático/electoral; luego, de fortalecimiento de la democracia *participativa*, y, después, la defensa —hegemónica— del proceso revolucionario extendido, además, al conjunto del continente latinoamericano. En el mismo orden de ideas, la democracia ya no será representativa sino participativa. El discurso ideológico o ideologizante sigue siendo, por consiguiente, uno de los pilares del populismo. En esta perspectiva, la razón política pierde, por tanto, en gran parte, su razón de ser, en provecho del aparato emocional que liga al «pueblo» con su líder carismático (Perón, Fujimori en sus comienzos, Chávez...) ⁷.

Paradójicamente, el que fue uno de los líderes populistas más indiscutibles, el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, dejó una imagen particularmente negativa de su segundo mandato: el «pueblo» se habría transformado, en este caso, en una masa ingobernable y parásita a la que al Estado y al mercado correspondía disciplinar, proceso de disgregación que culmina en la sublevación popular de 1989 («el Caracazo»). Traicionado por sus dirigentes y por una elite corrompida disimulada detrás de una fachada democrática, el pueblo dejó de creer en ellos. Retomando esta construcción retórica que recibe de un imaginario nacional, si no de una *cultura política* concebida a largo plazo, Hugo Chávez se impondrá como la encarnación del caudillo popular que se opone a la «oligarquía»⁸. El ejemplo de Venezuela ilustra, más que otro cualquiera en el continente latinoamericano, la dialéctica ambigua e inédita entre populismo y nacionalismo, con dos ingredientes propios de este país: un pretorianismo recurrente en la historia nacional (aunque algunos, poco rigurosos, mencionan, a escala continental, un «neopopulismo militar» o un «militarismo populista»⁹), factor explicativo de esta «paz violenta» que conoce el país después de la llegada de Hugo Chávez al poder, y el arma geopolítica, estratégica por excelencia, el oro negro.

LOS ORÍGENES DEL POPULISMO VENEZOLANO Y DE LA «SIMBIOSIS CIVILES-MILITARES»

El populismo venezolano no es una creación *ex nihilo*. Sus primeras manifestaciones se remontan a la primera mitad del siglo XX, en el momento en que se

forja un imaginario político moderno. Es en los años 1930-1940 cuando el pueblo accede al estatus de actor político pero de una manera sumamente original, gracias a un partido político de inspiración leninista, si tenemos en consideración la trayectoria y las opciones políticas de su fundador¹⁰. A diferencia de lo que se observa en Brasil o Argentina, donde este período ve afirmarse a líderes populistas como Getulio Vargas (1930-1945, 1950-1954) o Juan Domingo Perón (1946-1955), en Venezuela esa etapa corresponde a la modernización de las estructuras de decisión, a la aparición de los partidos políticos modernos (Acción Democrática, AD), y al establecimiento de las instituciones democráticas.

Contrariamente a las formaciones populistas «clásicas», AD va a impulsar y apoyar la creación de instituciones políticas democráticas fundamentándose en principios nacionalistas, antioligárquicos e igualitarios. Asimismo, a diferencia de las organizaciones brasileñas o argentinas, en las que podía existir una influencia fascista del modelo italiano, los fundadores de AD (1941) provenían de los círculos marxistas, en realidad, del Partido Comunista. Ese es el caso de su fundador, Rómulo Betancourt. La palabra «adeco», que designa a un miembro de este partido, tiene, en sus inicios, connotaciones fuertemente negativas, ya que consiste en la contracción de «adecomunista», epíteto forjado por la derecha tras la «Revolución de octubre» (18 de octubre de 1945), conjuración dirigida por civiles y militares y que llevó al poder a la AD (El Trienio, de 1945 a 1948)¹¹. Otra diferencia: en sus inicios, AD no tuvo un líder carismático, y la vida política del país estuvo caracterizada por múltiples *leaderships*. La obra de Rómulo Betancourt consistió en *inventar* la política, y en crear un verdadero partido civil contrario al paradigma dominante hasta principios del siglo xx, el de los caudillos andinos¹².

La influencia del partido Acción Democrática se afirmó durante períodos bien definidos de la historia nacional: el primero es el del acceso al poder después del golpe de Estado del 18 de octubre de 1945 y la puesta en marcha de una nueva constitución. La «simbiosis civiles-militares» del trienio adeco —Gobierno «nacional-revolucionario» o régimen «nacional reformista», según los historiadores—, pasada por alto por la historiografía nacional, iba a marcar de forma duradera el devenir institucional y político del país. Como ha subrayado Luis Castro Leyva, es, sin embargo, el «desarrollo de la idea moral de dictadura» (instrumento conceptual inherente a la teoría republicana del poder, pero, asimismo, solución de último recurso, de acuerdo al republicanismo liberal, con el fin de preservar la libertad y la posibilidad de una vida pública moral) el que estuvo en el origen del derrocamiento del presidente electo, Rómulo Gallegos, en 1948, y, posteriormente, del camino hacia la «dictablanda» de Marcos Pérez Jiménez entre 1952 y 1958 (el 23 de enero de 1958 es la fecha de su derrocamiento), y del pacto de Punto Fijo, que señala el inicio de 40 años de democracia en Venezuela. En este sentido, el golpe de Estado de 1945 significó una ruptura con el pasado, desplazando a la vieja elite dirigente formada bajo el régimen gomecista¹³. La alternancia política entre los dos grandes partidos, AD y COPEI (partido social-cristiano) ha caracterizado este largo período de estabilidad institucional y democrática, que contrastaba con el

panorama de regímenes autoritarios y de dictaduras que se observaba entonces en el resto del continente latinoamericano. Este fue un período de «populismo instrumental y discreto»¹⁴, basado, sin embargo, en una práctica del clientelismo y de la corrupción, que ocasionó la caída del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), en un contexto de elevados ingresos petroleros, capaz de disimular los fallos de este Estado-providencia. Otra particularidad de estos 40 años de democracia: la ausencia de intervención de ese sector militar modernizado durante el período gomecista, que ha *acompañado* pero no influido en el sistema de partidos surgido del pacto de Punto Fijo.

El pretorianismo, la caracterización más adaptada al caso venezolano, remite a una situación en la que el sector militar de una sociedad dada ejerce una influencia política abusiva, recurriendo a la fuerza o amenazando con hacerlo. En efecto, ese sector continuaría manifestándose de una manera latente, como árbitro o desde el Gobierno. El intento de golpe de Estado de 1992 sería así una «expresión de un pretorianismo recurrente del siglo xx»¹⁵. El término «militarismo», de más reciente empleo y de fuerte connotación, remite, en cambio, a una situación política en la que el sector militar de una sociedad dada la invade con una especie de metástasis, y de esta forma consigue dominar todos los aspectos fundamentales de la vida social. El siglo xx es para Venezuela la época de estructuración de la institución militar en un ámbito nacional. La modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas (comenzadas bajo el mandato de Juan Vicente Gómez) son las dos constantes de ese proceso particularmente visible desde la década de 1960. Una «nueva versión del secular acuerdo militar-civil y político-militar venezolano» ya se había implantado, con el control del ejército abriendo el camino hacia la suprema magistratura: con los generales Eleazar López Contreras (1935-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945); el coronel Delgado Chalbaud (1948-1950) y el general Marcos Pérez Jiménez (1952-1958)¹⁶. El proyecto civilista del Trienio no tomará forma hasta fines de los años 70, en un contexto extremadamente favorable que es el del alza de los precios del petróleo, y, por consiguiente, de la prosperidad económica. Los años 60 inauguran no ya solamente una simbiosis civiles-militares, sino una fase de arreglos, en que la institución militar redefine no sólo su papel sino, igualmente, sus medios de expresión; se moderniza profesionalizándose, y renuncia de esta forma a su carácter «pretoriano», que reaparece, no obstante, a fines de siglo, con el intento de golpe de Estado de 1992 llevado a cabo por Hugo Chávez, y la radicalización del régimen chavista a partir del año 2001 y, sobre todo, de 2002.

No deja de tener interés volver sobre el contexto de los años 60 y de la «lucha armada». El fracaso de la guerrilla habría sido, en efecto, más político que militar: en 1964 los dirigentes del pcv renuncian al principio de la lucha armada para alcanzar el poder. Otra realidad, poco mencionada, es la de la alianza de las Fuerzas Armadas con los sectores civiles radicalizados, conjunción que no es muy nueva en la historia de Venezuela y que consiste, en cierta medida, en repetir el episodio de 1945. El punto culminante de esta conjunción de fuerzas políticas y militares es la insurrección militar de Puerto Cabello

y Carúpano (1962). Pero los fracasos enfrentados en este tipo de insurrección están en el origen de la creación, entre los años 1963-1964, de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), y del Frente de Liberación Nacional (FLN). Se trata del «foquismo», sacando provecho al apoyo estratégico y logístico de Cuba (1964-1968). Es, asimismo, el nacimiento del MAS (Movimiento hacia el socialismo) —uno de cuyos fundadores, Teodoro Petkoff, ex guerrillero, ex ministro, director del periódico *Tal Cual*, es hoy uno de los principales opositores al régimen de Hugo Chávez—, la división del PCV, y la elección de estrategias electorales y democráticas. Es, igualmente, el momento en que las Fuerzas Armadas Venezolanas intensificaron su entrenamiento antiguerrillero, gracias a la asistencia norteamericana.

El precio a pagar por el poder civil fue relativamente elevado, teniendo en cuenta la importancia alcanzada por la institución. Las relaciones civiles-militares se verán influidas duraderamente por ello. Frente a un enemigo común, se tejen alianzas entre los dirigentes de AD y COPEI, y los jefes del ejército, pero la imagen de un control civil consolidado, nacido de la caída de la dictadura (1958), no es otra cosa que ilusión, si tomamos en consideración el papel predominante de las Fuerzas Armadas en la gestión de los asuntos fronterizos. Los militares reciben una formación mejor —en la academia militar, de donde saldrán los oficiales que participan en el intento de golpe de Estado de 1992; en el IAEDEN, o Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional (creado en 1969-1970, y destinado a formar los oficiales superiores)—. Por lo que respecta a los «supervivientes políticos» de la guerrilla, ellos han sabido establecer lazos con el mundo universitario o con los oficiales jóvenes. Ese será el origen de una de las dos «tendencias conspiradoras» identificadas en el seno de las Fuerzas Armadas: la primera, favorable a una solución autoritaria, influenciada por los asuntos de la seguridad, y gozando de la simpatía de cierta elite económica a la que apoyará, en parte, durante las elecciones de los años 80 (a la que pertenece Carlos Andrés Pérez por AD). La segunda es aquella cuya trayectoria tuvimos ocasión de trazar nuevamente, y que se confunde con el Movimiento Bolivariano. Los jefes de fila son los tenientes coroneles Izarra y Chávez para el sector militar, y Douglas Bravo (entonces miembro del Buró Político del PCV, en lo sucesivo opositor a Hugo Chávez) y Pablo Medina para la esfera civil. Los campamentos militares llevan los nombres de M-83, ARMA y MBR-200 (el antecedente del Movimiento V República/MVR actual, partido chavista)¹⁷. Estos «campamentos militares organizados» (D. Irwin) no se manifestarán de manera violenta hasta 1992, en ocasión de los dos intentos de golpe de Estado, y tras la toma de conciencia que representó para los oficiales jóvenes la represión de las sublevaciones populares de febrero de 1989¹⁸. La puesta en marcha del Plan Colombia, bajo la égida de Estados Unidos, con la finalidad de luchar contra el narcotráfico y prolongado desde 2005 por el Plan Patriota, dentro de una óptica igualmente antiguerrillera, ha contribuido a crear un desequilibrio regional flagrante entre Venezuela y Colombia. Ninguna coordinación militar entre los dos países estaba prevista, en efecto, a pesar de que las Fuerzas Armadas Venezolanas se encontraban comprometidas

en el Plan Bolívar 2000, versión ampliada de las operaciones tradicionales de acción cívica. Los riesgos de desbordamiento de esta guerra interna a Colombia fueron señalados entonces por los expertos, y, especialmente, el de una militarización de la vida política venezolana¹⁹.

Por lo que se refiere a la Constitución bolivariana de 1999, una de las interpretaciones más corrientes consiste en ver en las transformaciones incorporadas en la nueva carta magna una confirmación de la autonomía del sector militar en sus relaciones con el poder civil. En lo sucesivo, se ha concedido a los militares el derecho al voto (título VII), lo que será objeto de numerosas críticas: se dirá incluso que el ejército se ha transformado en partido político, que ya no es apolítico y subordinado al poder civil (Constitución de 1961). Cada uno de los componentes de las Fuerzas Armadas conserva un mando específico, pero se ha instituido un mando unificado (CUFAN). Por primera vez, las cuestiones que tratan de la seguridad nacional figuran en la Constitución, disposición que contribuye a eludir el control civil. Esta cuestión de la incorporación del tema de la seguridad de la nación en la carta constitucional es, por otra parte, una de las más controvertidas en el continente latinoamericano. Pero hay que señalar un hecho: el artículo 326 de la Constitución de 1999 dispone que la seguridad de la nación está fundamentada en la «responsabilidad conjunta del Estado y de la sociedad». El poder civil perdió una parte de su capacidad de control de las funciones atribuidas a la institución militar: en lo adelante, es el Ejecutivo —el presidente de la República en su carácter de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas— el que decide las promociones.

La extensión de las funciones reservadas a las Fuerzas Armadas a las esferas de política interior, y la voluntad del Presidente de otorgar responsabilidades a los cuadros intermedios del sector militar en el ámbito del Gobierno y de la Administración pública, sin contar la administración de recursos destinados a obras de interés social, hacen de las Fuerzas Armadas la única institución que ejerce un control *de facto* sobre el Estado. La designación de un civil en el cargo de ministro de Defensa (el actual vicepresidente José Vicente Rangel) sólo ha preservado en un primer momento el ejercicio del control civil sobre la estructura militar. La situación actual, y más particularmente después del golpe de Estado de abril de 2002 y la huelga general de diciembre de 2002-enero de 2003, condujo al nombramiento de militares en todos los cargos de la Administración superior (comprendida la PDVSA), especialmente de «fieles» al presidente Chávez (las lealtades importan más que las competencias). Por lo que respecta a los contrapesos institucionales (Consejo Nacional Electoral, Tribunal Supremo de Justicia, Congreso), están situados bajo control chavista y la libertad, en particular la de los medios, comprometida por la Ley de responsabilidad (2003). El proyecto de Hugo Chávez se refiere paralelamente a la constitución de un verdadero ejército revolucionario bolivariano, que contaría con un millón de soldados, induciendo a la desaparición del ejército bajo su forma actual, siguiendo con ello el modelo cubano. La creación de milicias, la movilización de una reserva con vistas a un ataque de Estados Unidos constantemente mencionado en los discursos presidenciales, van en ese sentido²⁰.

DE UN CAMPAMENTO MILITAR AL POPULISMO PETROLERO

El chavismo no tiene nada de una ideología formal, y su inspirador, por otra parte, no vaciló, durante su primer año de Gobierno, en citar confusamente a Tony Blair, Neruda, Napoleón, De Gaulle, en un opúsculo vendido en los quioscos y titulado *El oráculo del guerrero*, indicando que él no era marxista sino bolivariano. Después, la Revolución se radicalizó; no hay término medio posible, se está a favor o se está en contra. Las opciones políticas que convergen hacia una determinada forma de neopopulismo parecen, hoy día, reunir tanto el «árbol de las tres raíces», con fuerte presencia en el imaginario popular nacional (Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora), como la influencia del sociólogo revisionista Norberto Ceresole, apóstol de la relación Caudillo-Ejército-Pueblo. Según esta ecuación, el pueblo elige un líder en cuya persona está concentrado el poder, no siendo las elecciones nada más que un medio para llegar a éste durante un tiempo indeterminado, y el partido, un instrumento de esta estrategia «posdemocrática». El sociólogo argentino, antiguo consejero de Velasco Alvarado, ex embajador del régimen iraní en el Cono sur y consejero de Chávez hasta marzo de 1999, fue finalmente suplantado bajo la presión de los allegados. Pero bajo su influencia, Chávez asocia la idea de la relación directa caudillo-pueblo al programa original del Movimiento bolivariano, sin la mediación de un partido político. Chávez ha hecho suya, igualmente, la idea de la concentración del poder, del papel primordial del ejército, y de la necesidad de privilegiar las relaciones con los Estados árabes dado que son antinorteamericanos y antijudíos. Ceresole no profesaba ninguna simpatía hacia el régimen cubano. Ahora bien, desde su exclusión, Chávez no sólo ha reconocido, sino reivindicado la influencia tutelar de Fidel Castro.

La teoría desarrollada por Ceresole comprende una especificidad que diferencia el ejercicio de ese mandato de las aplicaciones gubernamentales del nacionalismo europeo. El «mandato», o el orden popular que transforma a un líder político en un dirigente nacional con una proyección internacional ha sido expresado no sólo de una manera democrática, sino dentro de un objetivo particular, el de la preservación de la cultura nacional, pero, asimismo, de la «transformación de la estructura social, económica y moral». Según Ceresole, la «proyección internacional» del líder será la resultante de un trabajo laborioso de «edificación político-estratégica» que involucrará a todos los movimientos populares de la región. La internacionalización de un líder carismático como Hugo Chávez constituirá, por otra parte, una garantía contra los intentos de desestabilización (interna o externa). La elaboración de una «inteligencia estratégica» permitirá aportar una solución a los problemas internos, evaluar su impacto fuera de las fronteras nacionales, con el objetivo de escoger el momento favorable para establecer alianzas, con la finalidad de que «el proceso revolucionario se introduzca en las fallas del sistema internacional y alcance niveles aceptables de seguridad». De ahí la insistencia puesta en un mundo «multipolar», uno de cuyos polos geopolíticos podría ser precisamente Venezuela y los países de la

OPEP, y del que Venezuela sería la punta de lanza en América Latina y en el Caribe. Desde su elección, Hugo Chávez ha multiplicado los viajes, las visitas y los intercambios diplomáticos, con el apoyo de uno de sus consejeros, el antiguo oficial de aviación William Izarra²¹.

Ceresole profetizaba, en efecto, que Venezuela podía devenir el defensor de las masas desheredadas del continente, pero también «de las fuerzas armadas humilladas de toda nuestra América hispano-criolla». El papel atribuido al sector militar sería, en este sentido y según Elizabeth Burgos, similar al de las fuerzas armadas en Cuba o en el Chile de Pinochet. Y no obstante, a nivel nacional, el balance del «populismo revolucionario» de Hugo Chávez no deja de ser contrastado. A pesar de un maná petrolero que descansa sobre los precios más altos que haya conocido el barril de oro negro, el país ha pasado por una crisis económica y social verdadera: el 60 por ciento de la población activa se encuentra dentro del sector «informal», según balances de la CEPAL. Los indicadores oficiales señalan, por cierto, una recuperación, pero sin crecimiento real. Un porcentaje no despreciable de la población vive por debajo del umbral de pobreza (43,2 por ciento en 2001; el índice de pobreza ha pasado del 52 por ciento en 1999 al 72 por ciento en el primer trimestre de 2004) en un país considerado en otros tiempos como la Arabia Saudita de América Latina y a pesar de la voluntad pregonada por el presidente Chávez de luchar contra la pobreza²². Ese «populismo revolucionario», «entre el autoritarismo y el desgobierno» que muchos electores aprobaron en 1998 y en 2000, antes de echarse a la calle, goza todavía del apoyo de la tercera parte del electorado proveniente de las clases populares. Los resultados del referéndum de agosto de 2004, la nueva victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 son explícitas sobre este punto, así como sobre la capacidad de movilización de dicho electorado. La polarización de la opinión pública es un hecho probado, con un 59 por ciento a favor de Hugo Chávez —de los cuales un treinta por ciento de incondicionales— y el 41 por ciento a favor de la oposición²³. En un momento clave de la cronología política nacional —el referéndum de agosto de 2004—, la Revolución, sin embargo, ha sido impugnada desde el interior del MVR, calificada de autoritaria por sus adversarios (atentados contra los medios y violaciones de los derechos humanos señalados por los organismos internacionales), de corrompida por la oposición e incluso por algunos de sus elementos, como la consejera revolucionaria Lina Ron²⁴.

La paradoja Chávez parece ser, en este sentido, la de un excelente estrategia más que la de un líder populista clásico o un demagogo, que ha sabido jugar, a largo plazo, con un elemento que es sinónimo de estabilidad y articularlo en función del proyecto bolivariano: las fuerzas armadas. Divididas y transformadas en partido político en los primeros años del Gobierno de Chávez, hoy están reducidas al silencio ya que los disidentes se niegan a asumir posturas anticonstitucionales y a pasar por golpistas, como lo demuestran las reacciones al intento de golpe de Estado de 2002 y el episodio de

Altamira (ocupación de una plaza de Caracas a fines de 2002 por militares «rebeldes»). Esta paradoja aproximaría a Venezuela a sus vecinos, después de varios años de una democracia atípica en el continente latinoamericano. Hay otro factor, en efecto, a tener en consideración: la dinámica de la violencia reivindicada en la que se inscribe la acción política, habiéndose transformado la revolución «pacífica y democrática» del candidato Chávez en la «revolución armada», y el ciudadano, en un «ciudadano-soldado» (formación de milicias, llamado a reservistas y creación de una Guardia Territorial)²⁵. El bloqueo de las principales palancas del Estado y de su administración, ejército incluido, se volvió un hecho consumado en el transcurso del año 2004, después de la designación de nuevos magistrados al Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) y al Consejo Nacional Electoral (CNE). En lo sucesivo, los militares controlarán las palancas políticas del país. Fue el ejército el que, en el mes de septiembre de 2005, dirigió las expropiaciones que simbolizaban la «reforma agraria».

La victoria en el referéndum significó una nueva fase, calificada por el jefe del Estado de «salto hacia adelante», tanto a nivel nacional como internacional (los discursos son, en realidad, provocaciones antinorteamericanas) contrastando con múltiples acuerdos económicos y políticos, en realidad, petroleros, en el continente latinoamericano y la continuación de intercambios comerciales... con Estados Unidos, en progresión ininterrumpida desde 2004. Más recientemente, a principios de 2006, el Consejo Nacional Electoral, encargado de organizar las elecciones de diciembre, fue renovado, incorporando a chavistas *light*.

ESTRATEGIAS BOLIVARIANAS: REVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

El referéndum se inscribe en el ámbito de la estrategia concebida por Hugo Chávez años atrás. Desde la prisión de Yare, donde estaba encarcelado tras su intento de golpe de Estado, Chávez había difundido en julio de 1992 un documento explícito sobre este punto. Allí se mencionaba la «situación transitoria» que permitiría desarrollar este nuevo modelo de sociedad, que se fundamentaba en un elemento clave, la fusión civiles-militares, concepto creado por el antiguo guerrillero Douglas Bravo. Dentro de esta perspectiva, la participación en las elecciones sólo era táctica. De ahí la creación, en julio de 1996, del Movimiento Quinta República (MVR) con la finalidad de participar en las elecciones presidenciales de 1998. El referéndum de agosto de 2004 marca, por consiguiente, el inicio de la segunda etapa, llamada «Proyecto de transición bolivariana», que crea las condiciones de aplicación del Proyecto nacional Simón Bolívar y de reactivación del «espacio bolivariano». Esta etapa estuvo marcada por la «revolución en la revolución», o sea, la continuación de los programas sociales y económicos del Gobierno, pero también por el fortalecimiento del componente cívico-militar²⁶. De ahí las referencias al «ciudadano-soldado», o la atención concedida por los ideólogos del régimen, como William Izarra, a la «defensa popular integral». En el mismo registro de radicalización del «proceso», a nivel interno e internacional al mismo tiempo,

se sitúa el fortalecimiento de las relaciones con China, Irán o Rusia. Mientras, las relaciones con el eje Lula-Kirchner se han dañado por las iniciativas venezolanas en el transcurso de 2006. Es, igualmente, en esta perspectiva que hay que comprender la ruptura producida en la tradición logística de las Fuerzas Armadas Venezolanas, y que consistía en adquirir el material militar en países occidentales: las últimas compras efectuadas por Hugo Chávez lo fueron, por cierto, en España (de ahí la crisis producida con Estados Unidos a fines de 2005), pero también en Rusia. Por lo que respecta a los gastos ocasionados por el personal mismo, un aumento del 60 por ciento estaba previsto en 2004 en beneficio del Ministerio de Defensa solamente. A fines de 2003, el presidente Chávez había tomado ya la iniciativa de aumentar en un treinta por ciento el sueldo de los militares, incluidos todos los grados²⁷.

«Ha llegado la hora de revolucionar los sistemas de defensa de la seguridad nacional mediante una acción cívico-militar», anunció el presidente Chávez en ocasión del mitin de clausura de la manifestación «oficialista» del 16 de mayo de 2004. «Si quieres la paz, prepárate para hacer la guerra», señaló en un discurso pronunciado en ocasión del aniversario 84 de la creación de la Fuerza Aérea de Venezuela. Fortalecimiento del poder militar, continuación de la integración cívico-militar, y activación de la «defensa nacional popular integral»: recurrir a 50.000 reservistas ya estaba previsto para diciembre de 2003; 500.000 para fines de 2005 (100.000 reservistas en abril de 2005), provenientes de las clases populares y desempleados (según *El Nacional*, el 60 por ciento de los reservistas estaban desempleados en 2005). Con arreglo a ese plan «popular-militar», el Presidente había anunciado, asimismo, la creación de milicias «populares» a las órdenes de las Fuerzas Armadas. Mucho antes, en octubre de 2003, Hugo Chávez había anunciado, igualmente, la activación de un comando de seguridad urbana de la Guardia Nacional, con el objetivo de combatir la inseguridad en Caracas, además de una brigada de policía militar. El fortalecimiento de ese proceso cívico-militar continuó en 2005 con nuevos reclutamientos de reservistas. El general de división Julio Quintero Viloria (antiguo responsable del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional) ha sido nombrado comandante general de la «Reserva militar y de la movilización nacional», que depende directamente de la Presidencia de la República y que debe referirse a unos dos millones de hombres de edades comprendidas entre los dieciocho y los 50 años (Ley orgánica de la FAN); o sea, veinte veces los efectivos de la FAN. Pero el enemigo es interno y externo al mismo tiempo. En enero de 2005, el general Melvin López Hidalgo, secretario del Consejo de Defensa de la Nación, había anunciado que las Fuerzas Armadas estaban modificando su doctrina militar en razón de la «amenaza permanente» que constituía Estados Unidos. Esta modificación incluía recurrir a los reservistas así como a la población civil, y ello en el ámbito de una «guerra asimétrica», de ahí las referencias a una red de «inteligencia social» y a la «fusión civiles-militares». Es dentro de esta perspectiva que las Fuerzas Armadas Venezolanas adquirieron 30.000 ejemplares de la obra de Jorge Verstrynge, catedrático universitario y politólogo español, antiguo secretario general del

partido Alianza Popular, entre 1977 y 1986, expulsado por desacuerdos con Fraga Iribarne, y, en lo sucesivo, miembro del PCE y de la Fundación de Investigaciones Marxistas: *La guerra periférica y el islam revolucionario: orígenes, reglas y ética de la guerra asimétrica*, obra debidamente celebrada en el sitio web revolucionario y prochavista *Rebelión*²⁸.

«La nueva dimensión de la Revolución bolivariana comenzará el 16 de agosto, una vez fortalecido el *leadership* de Hugo Chávez, en lo sucesivo, jefe de fila de los movimientos emancipadores de América Latina, y descansará en dos pilares: la ideología revolucionaria y el Frente Nacional». Este es el razonamiento de William Izarra, «director ideológico» del Comando Maisanta (organizador de la movilización chavista). La Unidad de Batalla Electoral (UBE), ya utilizada en esta ocasión, sería una de las estructuras esenciales de esta nueva etapa del «proceso», y el preludeo a la constitución de un «frente nacional de fuerzas políticas y sociales». En octubre de 2003, el periódico *El Universal* publicó los «papeles secretos del MVR» (Movimiento Quinta República). El Movimiento bolivariano consideraba allí los actos de violencia como una herramienta destinada a eliminar al «enemigo», pero, asimismo, como un método de supresión de los mecanismos de la democracia²⁹.

A nivel exterior, se trata de una verdadera operación diplomática que fue puesta en práctica por el presidente Chávez. La Comisión de Coordinación, Control y Seguimiento Presidencial de la Nueva Etapa de la Revolución Bolivariana, creada por decreto presidencial del 10/12/2004, impulsa especialmente el modelo de integración alternativo (ALBA) y, en este ámbito, la creación de Petroamérica, Petrocaribe y TV Sur. Esa misma comisión se ocupa de coordinar las redes internacionales de solidaridad con la Revolución bolivariana. Una Oficina de Información de Venezuela es la encargada de promover la imagen de la Revolución en Estados Unidos. El primer mandatario multiplica los viajes al exterior, como a la III Reunión de Presidentes de América del Sur, celebrada en Cusco los días 8 y 9 de diciembre de 2004. En ocasión de una visita oficial a la Argentina y el Uruguay, Hugo Chávez se definió como «un soldado, un revolucionario bolivariano, no comunista, no marxista, no castrista, aunque amigo de Fidel Castro, cristiano, y que busca la justicia social a cualquier precio»³⁰. El ideólogo del movimiento bolivariano, William Izarra, antiguo oficial, con un posgrado en Estados Unidos, no deja de denunciar las intervenciones norteamericanas en América Latina, prefigurando así las teorías desarrolladas a todo lo largo de 2005 sobre el tema de la «guerra asimétrica». Por las mismas fechas, el presidente Chávez comienza a denunciar enérgicamente los riesgos de «invasión» norteamericana a Venezuela y ratifica su solidaridad con Cuba, en ocasión de la XV Cumbre Iberoamericana de Salamanca, los días 14 y 15 de octubre de 2005; en la última Cumbre de las Américas, en Mar del Plata, el 4 y 5 de noviembre de 2005, y en la III Cumbre de los Pueblos de América, del 1 al 5 de noviembre de 2005. Pero la «nueva etapa» inaugura, sin lugar a dudas, un lenguaje más radical, basado en la confrontación, la retórica antimperialista y las modificaciones de la doctrina de la seguridad nacional. Incluso si las relaciones comerciales se han visto, relativamen-

te, poco afectadas, de la parte norteamericana quedan otros factores a tomar en cuenta: la designación de Condoleezza Rice como secretaria de Estado por George Bush, y la ratificación de Donald Rumsfeld en la cartera de Defensa; en otras palabras, la militarización de la política, igualmente expandida al Comando Sur (dirigido por James Hill), destinado a contrarrestar, en el ámbito de una «guerra de cuarta generación», la expansión revolucionaria y la conjunción Castro-Chávez³¹. Comentaristas señalan, sin embargo, la legitimidad de las preocupaciones gubernamentales ante una intervención extranjera en Venezuela, más allá de los «descifrados» de la intervención norteamericana en Venezuela. La frontera más inestable sigue siendo la región andina en su conjunto, y, aun más, la frontera que separa a Venezuela de Colombia, en un contexto continental de conflictos potencialmente múltiples, habida cuenta de reivindicaciones fronterizas pendientes, como la reivindicación de la salida al mar por parte de Bolivia, apoyada por el presidente Chávez, y que está en el origen de un conflicto diplomático con Chile. Según Romero, la política exterior de Venezuela trae consigo una falla que se deriva del desfase persistente entre el fortalecimiento del régimen, por una parte, fundamentado en el poder que confiere el maná petrolero, y los intereses de la nación, por la otra. Durante su campaña electoral, Hugo Chávez ha dado pocas indicaciones sobre el programa de los meses futuros, contentándose, incluso en la tarde electoral del 3 de diciembre, con mencionar la «profundización de la Revolución», y la «vía venezolana hacia el socialismo». William Izarra ha sido más elocuente, al señalar que la confrontación entre los dos sistemas políticos y, por consiguiente, la fase de «transición», no había terminado; pero que la etapa de «definición revolucionaria» comenzaría a partir del 4 de diciembre, con el apoyo al proyecto de reelección indefinida³².

Traducción: Xavier Ricardo

NOTAS

- 1 *Problèmes d'Amérique latine*; n.º 55, Hiver 2004-2005.
- 2 Boersner, Demetrio; «Gobiernos de izquierda en América Latina : tendencias y experiencias». Petkoff, Teodoro; «Las dos izquierdas»; en *Nueva Sociedad*; n.º 197; 2005 <http://www.nuevasoc.org.ve>
- 3 «The return of populism ; Latin America»; en *The Economist*; April 15, 2006. Rapport Stratfor, May 26, 2006.
- 4 Walker, Ignacio; en «Democracia en América Latina». Veliz, Claudio; «Centralismo y nacionalismo en América Latina»; en *Foreign Affairs en español*; abril-junio de 2006 (<http://www.foreignaffairs-esp.org>). De la Torre, Carlos; *Populist seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*; Ohio University Press, 2000. Laclau, Ernesto; *La razón populista*; FCE, México/Buenos Aires, 2005.
- 5 Taguieff, Pierre-André; «Populisme»; en *Encyclopédie Universalis* version 11, 2006 (DVD). Dossier «Venezuela: Hugo Chávez, un stratège pour quelle révolution?»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*; Université de Toulouse-Le Mirail, n.º 202 (oct-déc 2005); (coordinador) Frédérique Langue, y nuestro artículo «Hugo Chávez, un stratège pour quelle révolution?»; pp. 5-24.
- 6 Mayorga, René Antonio; «Antipolítica y neopopulismo en América Latina»; en *Relaciones*; n.º 17, Montevideo, octubre de 1997.
- 7 Laclau, Ernesto; *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Humanities Press, London, 1977. Hermet, Guy; «Le populisme comme concept»; en *Revista de Ciencia Política*; Universidad de Chile, XXIII, n.º 1, 2003, pp. 5-18. Langue, F.; *Hugo Chávez et le Venezuela. Une action politique au pays de Bolívar*; L'Harmattan, Paris, 2002.
- 8 Laclau, Ernesto; ob. cit.; p. 165. Coronil, Fernando; *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*; CDCH-UCV/Nueva Sociedad, Caracas, 2002. De la Torre, Carlos; «Masas, Pueblo y Democracia : un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo»; en *Revista de Ciencia Política*; XXIII, n.º 1, 2003, pp. 55-66.

- 9** Remmer, Karen; *Military Rule in Latin America*; Unwin Hyman, Boston, 1989. Pion-Berlin, David (editor); *Civil-Military Relations in Latin America. New Analytical Perspectives*; The University of North Carolina Press, Chapel Hill/London, 2001. Mares, David R.; *Violent Peace. Militarized Interstate Bargaining in Latin America*; Columbia University Press, Nueva York, 2001. Langue, F.; *Hugo Chávez...*, p. 185 ss: «Les relations civiles-militaires dans l'histoire récente du Venezuela. Une historiographie en perspective»; en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*; n.º 3, 2003. <http://nuevomundo.revues.org/document657.html>
- 10** Burgos, Elizabeth; «Petropopulismo telegénico o mesianismo pretoriano: el caso de Venezuela»; inédito.
- 11** Langue, F.; *Histoire du Venezuela de la Conquête à nos jours*; L'Harmattan, París, 1999, p. 310 ss. Caballero, Manuel; *Rómulo Betancourt, político de nación*; Alfadil-FCE, Caracas, 2004. Langue, F.; «Machiavel et la démocratie au Venezuela ou l'héritage pragmatique de Rómulo Betancourt»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*; n.º 172, Université de Toulouse-Le Mirail, abril-junio de 1998, pp. 124-128. <http://nuevomundo.revues.org/document768.html>
- 12** Irwin, Domingo; *Relaciones civiles-militares en Venezuela 1830-1910. Una visión general*; Caracas, 1996; «Desde la aparición de las huestes caudillescas del siglo XIX venezolano hasta el fracaso del protagonismo político visible del sector militar en la Venezuela del siglo XX: una síntesis interpretativa»; en *Tiempo y Espacio*; Caracas, n.º 31-32, 1999, pp. 225-257; *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*; Centauro, Caracas, 2000. Irwin, D. y Langue, F. (coord.); *Militares y sociedad en Venezuela*; UCAB-UPEL, Caracas, 2003.
- 13** Langue, F.; *Hugo Chávez ...*, p. 94 et ss. Vallenilla Lanz, Laureano; *Cesarismo democrático. Obras completas*; Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María, Caracas, 1983, t. I.
- 14** Expresión de E. Burgos; ob. cit.
- 15** Irwin, D.; «Una visión histórica de conjunto sobre las relaciones políticas entre los civiles y los militares venezolanos en el siglo XX»; en *Research and Education in Defense and Security Studies Seminars*, CHDS-NDU, Washington, mayo de 2001. <http://www.ndu.edu/>
- 16** Irwin, D.; *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*; ob. cit., pp. 17-22. Langue, F.; *Histoire du Venezuela de la conquête à nos jours*; L'Harmattan, París, 1999, cap. VI-VII, y Langue, F., Irwin, D. y Buttó, L.A.; *Control civil y pretorianismo en Venezuela*; UCAB-UPEL, Caracas; 2006.
- 17** Garrido, A.; *Historia secreta de la revolución bolivariana*; Editorial Venezolana, Mérida, Venezuela, 2000. Langue, F.; *Hugo Chávez ...*, cap. II.
- 18** Garrido, Alberto; «La revolución de la guerrilla»; en *El Universal*, 8/10/2005. Irwin, D.; «Una visión histórica de la actual coyuntura militar venezolana»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*; n.º 202, 2005, pp. 31-46.
- 19** Castillo, Hernán; «El plan Colombia y las relaciones civiles militares venezolanas»; en *Research and Education in Defense and Security Studies Seminars*; CHDS-NDU, Washington, mayo de 2001. Garrido, A.; «2005-2008»; en *El Universal*; 21/12/2004.
- 20** Langue, F.; «La révolution chaviste, le temps des radicalisations et de la guerre intérieure —3»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*, n.º 192, 2003, pp. 5-56. Irwin, D. y Langue, F.; «Révolution bolivarienne et 'paix violente'. Les relations civiles-militaires au Venezuela»; en *Problèmes d'Amérique Latine*; n.º 49, 2003, pp. 7-38.
- 21** Ceresole, Norberto; *Caudillo, ejército, pueblo. La Venezuela del Comandante Chávez*; Estudios Hispano-Árabes, Madrid, 2000. Garrido, A.; *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*; Caracas, 2001. Garrido, A.; *Guerrilla y conspiración en Venezuela*; Caracas, 1999. Burgos, E.; ob. cit.
- 22** CEPAL : <http://www.eclac.cl/> Gall, Norman; «El nuevo régimen de Venezuela: 1-«La dudosa obra de Chávez»; 2-«El caos petrolero»; en *El País*, Madrid, 27/3 y 28/3/2006. Calvo, José Manuel; «El triunfo del populismo petrolero»; en *El País*, Madrid, 2/5/2006.
- 23** Romero, María Teresa; «Populismo revolucionario»; en *Visión Venezolana*; 15/9/2004. Ramos, Alfredo; «Sobrevivir sin gobernar. El caso de la Venezuela de Chávez»; en *Nueva Sociedad*; n.º 193, septiembre-octubre de 2004, pp. 17-27.
- 24** Langue, F. (coord.); «Venezuela vers le referendum?»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*; n.º 192, 2003.
- 25** Langue, F.(coord.); dossier «Venezuela : Hugo Chávez, un stratège pour quelle révolution?»; en *L'Ordinaire Latino-Américain*; Université de Toulouse-Le Mirail, n.º 202, 2005, y nuestro texto «Hugo Chávez, un stratège pour quelle révolution?»; pp. 5-24. Langue, F.; «Cuando la calle arde y el aula reflexiona. La historia inmediata de Venezuela, métodos y cuestionamientos»; en Irwin, D. Y Langue, F. (coord.); *Militares y sociedad en Venezuela*; UCAB-UPEL, Caracas, 2003, pp. 225-253. Coppedge, Michael; «Explaining Democratic Deterioration in Venezuela Through Nested Inference»; Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Universidad de Salamanca, 9-11 de julio de 2002. <http://www.nd.edu:80/~mccoppedge/crd/papsven.htm> Arenas, Nelly; «El gobierno de Hugo Chávez : populismo de otrora y de ahora»; en *Nueva Sociedad*; n.º 200, noviembre-diciembre de 2005. <http://www.nuevasoc.org.ve/> *El Nacional*; 3/5/2006.
- 26** Blanco Muñoz, Agustín; *Habla el comandante*; UCV, Caracas, 1998, pp. 623-4. Garrido, A.; «El plan de Chávez»; en *El Universal*; 29/4/2003. «La estrategia de Chávez»; 26/8/2003. «Se intenta establecer la naturaleza del proceso. Revolución militarista»; en *El Universal*; 28/3/2004. Blanco Muñoz, A.; «La trampa-espectáculo del Referendo Revocatorio»; en *Venezuela Analítica*; 10/9/2003. «Democracia y revolución»; en *El Nacional*; 27/9/2004.
- 27** Ochoa Antich, Fernando; «Las claves del rearme de Venezuela»; en *La Tercera*; 17/12/2004. Ibarz, Joaquín; «El régimen de Hugo Chávez adquiere material y equipo bélico a Rusia, España y Brasil»; en *La Vanguardia*; 28/3/2005.
- 28** Garrido, A.; «Pueblo en armas»; en *El Universal*; 14/12/2004. «Aumento de la militarización anunció

- Chávez al país»; en *Venezuela Analítica*; 17/5/2004.
- Garrido, Alberto; *La guerra (asimétrica) de Chávez*; Alfadil, Caracas, 2005, p. 13. *La Guerra Periférica y el Islam Revolucionario: Orígenes, Reglas y Ética de la Guerra Asimétrica*; El Viejo Topo, Barcelona, 2005.
- 29** Garrido, A.; «El retorno de Izarra»; en *El Universal*; 20/6/2004. Izarra, W.; «Después de las elecciones»; en *Venezuela Analítica*; 3/11/2004.
- 30** *La Nación*, Buenos Aires, 21/8/2003.
- 31** Izarra, W.; «Intervenciones»; en *Venezuela Analítica*; 6/9/2003. Garrido, A.; *La guerra (asimétrica) de Chávez*; *íd*; p. 41 y ss. «*US News & World report* aviva el fuego»; en *Venezuela Analítica*; 15/10/2003. Fernández, Herminia; «Cifras de unas relaciones tormentosas»; en *Tal Cual*; 7/4/2005. Burgos, E.; «Paralelismos cubanos en la Revolución bolivariana»; en *L'Ordinaire Latino-américain*; n.º 202, 2005, pp. 61-81.
- 32** «Venezuela ¿petróleo, arma política?»; en *BBC Mundo*; 27/4/2006. Gollinger, Eva; *El código Chávez. Descifrando la intervención de los Estados Unidos en Venezuela*; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- Romero, Carlos; «*The United States and Venezuela. From a Special Relationship to Wary Neighbors*»; en McCoy, J. y Myers, J. D. (ed.); *The Unraveling of Representative Democracy in Venezuela*; The Johns Hopkins University Press, Baltimore-London, 2004, pp. 130-151.
- Malamud, Carlos; «El aumento de la conflictividad bilateral en América Latina : sus consecuencias dentro y fuera de la región»; en *ARI*; n.º 61/2005, 15/5/2005, y Urbaneja, Diego B.; «La política exterior de Venezuela»; en *ARI*; n.º 41/2005, 31/3/2005, <http://www.realinstitutoelcano.org> Burgos, E.; «La vía multipolar»; en *Encuentro en la red*; 18/1/2005 <http://www.cubaencuentro.com> Irwin, Domingo y Buttó, Luis Alberto; «'Bolivarianismos' y Fuerza Armada en Venezuela. Los bolivarianismos en la mirada de las ciencias sociales»; en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*; n.º 6-2006 : <http://nuevomundo.revues.org/document1320.html>
- Garrido, A.; «Con el fin de la transición viene la nueva sociedad»; en *El Universal*; 20/11/2006. Izarra, W.; «La tercera fase del proceso»; en *Analítica Premium*; 30/11/2006; *Tal Cual*; 10/12/2006.



Hello Betty, Goodbye Lucy.
Impresión fotográfica digital, 2006.